

La Gata Blanca

MADAME D'AULNOY

Ilustrado por
ELIZABETH BUILES

Los cuentos de hadas tienen hoy un destino: ser leídos por los niños; y ser contados a los niños que aún no saben leer ¿A quiénes corresponde leerlos a los niños? A los padres, a los abuelos, a los maestros. También, quizás, a los hermanos mayores. A pesar de que originalmente fueron escritos para reyes, príncipes y duques, hoy son leídos por niños de todo el mundo, y también por señores grandes que aún habitan en el reino de la infancia. Sí, están dirigidos a los niños, esos seres maravillosos que durante el día brincan, corren, saltan y gritan; y que al atardecer, cansados al fin, quieren oír historias, maravillarse un poco, antes de que el sueño los rinda por completo.

La autora de estos cuentos maravillosos, Madame D'Aulnoy, nació en Barneville en 1650 y murió en París en 1705.

Esperamos que con este cuento los niños, y sus padres y sus abuelos, se dispongan a esperar la noche en compañía de *La Gata Blanca*; es decir en muy buena compañía.



El futuro es de todos

Gobierno de Colombia



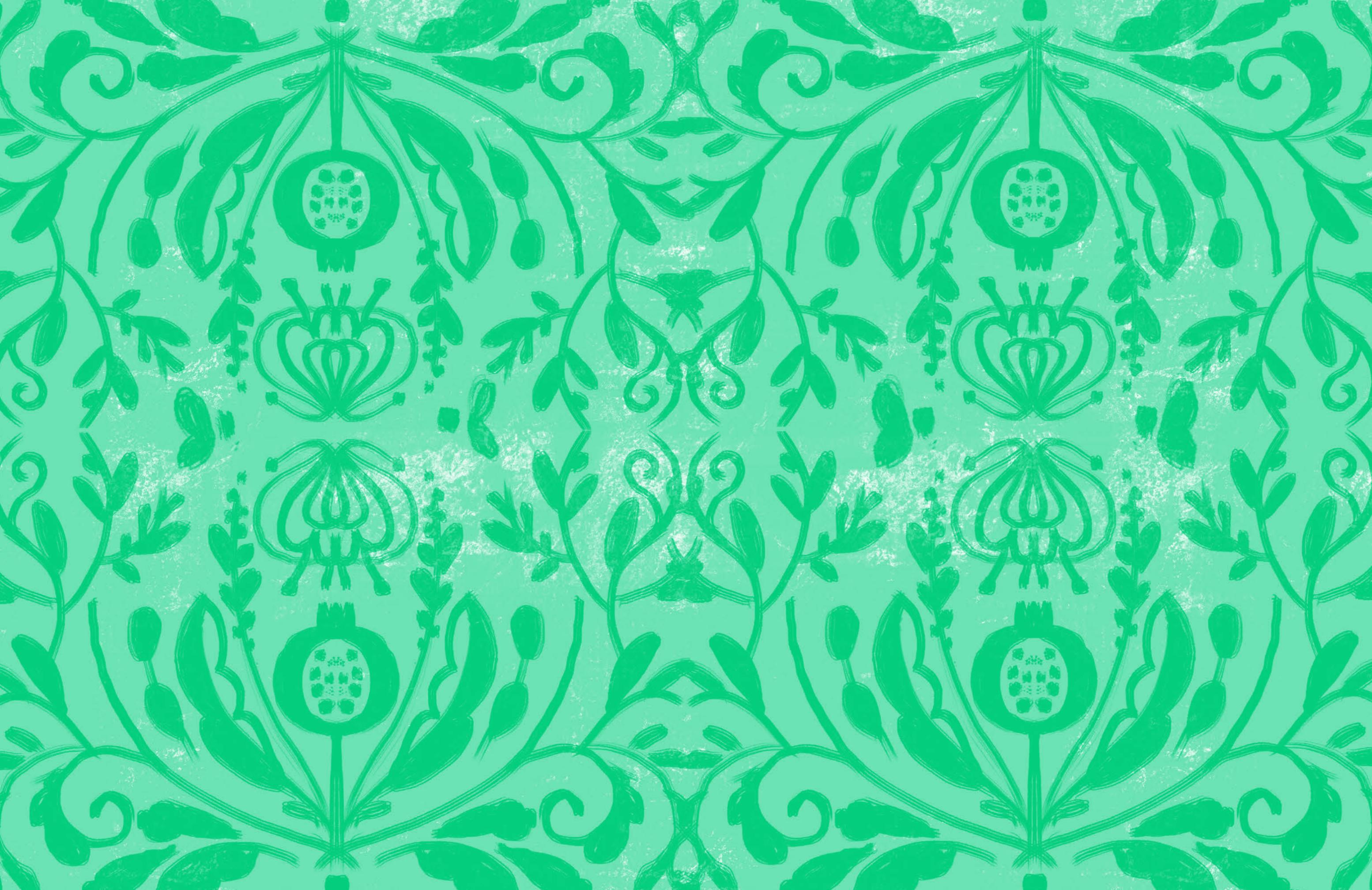
Biblioteca Nacional de Colombia

ISBN: 978-958-5488-71-7



9 789585 488717

Este libro es gratuito, prohibida su reproducción y venta



Leer es mi cuento 32

La Gata Blanca

MADAME D'AULNOY

Ilustrado por
ELIZABETH BUILES



* * *

MINISTERIO DE
CULTURA DE COLOMBIA
Carmen Inés Vásquez
Ministra

MINISTERIO DE
EDUCACIÓN NACIONAL
María Victoria Angulo
Ministra

* * *

AUTOR
Madame d'Aulnoy

Traducción
Anita Gómez de Cárdenas

Editor
Iván Hernández

Ilustradora
Elizabeth Builes

Coordinadora editorial
Laura Pérez

Comité editorial
Guiomar Acevedo
María Orlanda Aristizábal
Iván Hernández

* * *

Primera edición, junio 2019

ISBN: 978-958-5488-79-3

Material de distribución gratuita.

*Los derechos de esta edición,
incluyendo las ilustraciones,
corresponden al Ministerio de Cultura;
el permiso para su reproducción física
o digital se otorgará únicamente en los
casos en que no haya ánimo de lucro.*

Agradecemos solicitar el permiso
escribiendo a:
literaturaylibro@mincultura.gov.co



La Gata Blanca

MADAME D'AULNOY

Había una vez un rey que tenía tres hijos bien parecidos y valientes; pero el rey temía que quisieran reinar antes de su muerte; incluso corrían rumores de que los muchachos intentaban llevar a cabo algunas acciones para quitarle el reino. El rey se sentía viejo, pero como su mente y sus capacidades no habían disminuido ni mínimamente, no quería cederles un cargo que desempeñaba tan dignamente; pensó entonces que la mejor manera de vivir en paz era entretenerlos con promesas cuyos efectos él sabría eludir.

Los llamó pues a su despacho, y después de hablarles con mucha bondad, añadió:

“Estaréis de acuerdo conmigo, hijos queridos, en que mi avanzada edad no me permite aplicarme a los asuntos de Estado con tanto esmero como lo hacía antes. Me temo que mis súbditos se resientan por ello, así que quiero poner mi corona en la cabeza

de uno de ustedes; pero es justo que por tal regalo ustedes busquen los medios de complacerme en el designio que tengo de retirarme al campo. Me parece que un perrito listo, hermoso y fiel, me haría muy buena compañía: de suerte que sin escoger a mi hijo mayor más bien que a mi hijo menor, les declaro que aquel de los tres que me traiga el perrito más bello será inmediatamente mi heredero”.

Los príncipes se sorprendieron de la inclinación de su padre por un perrito, pero los dos menores podían tener parte en este arreglo y aceptaron con agrado el encargo de ir a buscarlo; el mayor era demasiado tímido o demasiado respetuoso para expresar sus derechos. Así que se despidieron del rey; este les dio dinero y joyas, advirtiéndoles que volvieran dentro de un año sin falta, el mismo día y a la misma hora, para traerle sus perritos.



Antes de partir, los muchachos fueron a un castillo que se encontraba solo a una hora de la ciudad. Llevaron allí a sus más íntimos e hicieron grandes fiestas en las que los tres hermanos se prometieron una amistad eterna, que procederían en la tarea en cuestión sin celos y sin enojos, y que el que tuviese más suerte compartiría siempre una parte de su fortuna con los demás. Al fin partieron, acordando que se encontrarían al regreso en el mismo castillo para ir juntos donde el rey; no quisieron que nadie los siguiera, y se cambiaron los nombres para no ser reconocidos.

Cada uno tomó una ruta diferente: los dos mayores tuvieron muchas aventuras; pero no voy a ocuparme sino de las aventuras del menor. Este tenía gracia, poseía un espíritu alegre y gozoso, una cabeza admirable, el porte noble, las facciones regulares, dientes bellos, y mucha habilidad en todos los ejercicios que le competen a un príncipe. Cantaba agradablemente, tocaba el laúd y la tiorba con una delicadeza encantadora, sabía pintar. En una palabra, era muy cultivado; en cuanto a su valor, llegaba a ser intrépido.

Casi no había día en que no comprara perros: grandes, pequeños, lebreles, mastines, sabuesos, perros de cacería, cocker spaniels, barbets, bichones, malteses. En cuanto conseguía uno hermoso, si se encontraba otro aún más hermoso, se deshacía del primero para conservar el otro; porque habría sido imposible que él solo cuidara treinta o cuarenta mil perros, y no quería un séquito de caballeros, ni de valets de cámara, ni de pajes. Avanzaba por un camino sin haber decidido a dónde iría, cuando lo sorprendió la noche, y el trueno y la lluvia en un bosque, donde ya no le era posible reconocer los senderos.

Tomó el primer sendero que vio y después de andar durante largo rato, percibió un poco de luz; esto le indicó que había

alguna casa en las proximidades, donde podría resguardarse hasta el día siguiente. Guiado pues por la luz que veía, llegó al portón de un castillo, el más soberbio que se haya imaginado jamás. Este portón era de oro, cubierto de carbúnculos cuya luz viva y pura alumbraba todos los alrededores; era esta la luz que el príncipe había visto desde muy lejos. Los muros del castillo eran de porcelana transparente mezclada con muchos colores, que representaban la historia de todas las hadas desde la creación del mundo hasta esta época; en ella se recordaban las famosas aventuras de Piel de Asno, de Finette, del Naranjal, de Graciosa, de la Bella del bosque durmiente, del Serpentín Verde y de cien más. El príncipe se encantó al reconocer al príncipe Lutín pues era su tío, muy popular en Bretaña. La lluvia y el mal tiempo le impidieron demorarse más en un sitio donde se mojaba hasta los huesos, además de que no veía absolutamente nada en los sitios que los carbúnculos no alcanzaban a iluminar.

Volvió al portón de oro y vio una pata de cervatillo colgada de una cadena hecha de diamantes; admiró esta magnificencia y la seguridad con que se vivía en el castillo. Porque finalmente, se dijo, ¿qué les impide a los ladrones venir a cortar esta cadena, y arrancar los carbúnculos? Se harían ricos para siempre.

Haló de la pata de cervatillo, y enseguida escuchó el repique de una campana, que le pareció de oro o de plata por el sonido que emitía; al cabo de un momento el portón se abrió, sin que él viera nada más que doce manos en el aire, cada una sosteniendo una antorcha. Se quedó tan sorprendido que dudó en avanzar, hasta que sintió que otras manos lo empujaban por detrás con mucha fuerza. Siguió, pues, muy inquieto y por si acaso, llevó su mano a la empuñadura de su espada; pero al entrar en

un vestíbulo todo incrustado de pórfiro y de lapislázuli, escuchó dos voces hermosísimas que cantaban estas palabras:

*De las manos que veis no os asustéis,
Y no temáis, durante vuestra estadía,
más que los encantos de un bello rostro,
Si vuestro corazón quiere huir del amor.*

No podía creer que le invitaran con tanta amabilidad para después causarle algún mal; de manera que sintiendo que lo empujaban hacia una gran puerta de coral, que se abrió en cuanto él se acercó, entró en un salón de concha nácar, y enseguida en varias habitaciones decoradas de maneras diversas, y tan ricas en pinturas y pedrerías que le maravillaron. Mil y mil luces colgaban desde la bóveda del salón hasta el piso, alumbrando una parte de las otras habitaciones, que estaban todas llenas de arañas, de candelabros de pared y de grandes candelabros de mesa llenos de velas; en fin, la magnificencia era tal que le era difícil creer que todo esto fuese posible.

Después de pasar por sesenta habitaciones, las manos que lo conducían lo detuvieron; vio una gran poltrona muy cómoda que por sí sola se acercó a la chimenea. En ese momento el fuego se encendió, y las manos que le parecían muy bellas, blancas, pequeñas, regordetas y bien proporcionadas lo desvistieron, porque estaba mojado como ya lo he dicho, y tenían miedo de que se resfriara. Le presentaron, sin que él viera a nadie, una camisa tan fina como para un día de boda, y una bata de

baño de una tela con reflejos de oro, bordada con pequeñas esmeraldas que formaban cifras. Las manos sin cuerpos acercaron una mesa, sobre la cual pusieron los utensilios para su cuidado personal. Nada podría ser más magnífico. Ellas le peinaron con una ligereza y una habilidad muy agradables. Enseguida volvieron a vestirlo, pero no fue con sus vestidos, sino que le trajeron otros mucho más lujosos. Él admiraba en silencio todo lo que pasaba, y algunas veces tenía pequeños movimientos de susto que no podía controlar por completo.

Después de que le echaran polvo, le rizaran el pelo, lo arreglaran bien y lo pusieran más hermoso que Adonis, las manos lo condujeron a una sala soberbia por sus dorados y sus muebles. A todo el rededor se veía la historia de los gatos más famosos: Rodillardo colgado de los pies en el concejo de las ratas, el Gato con Botas, marqués de Carabas, el gato que escribe, la Gata convertida en mujer, los hechiceros convertidos en ratas, el carnaval y todas sus ceremonias; en fin, nada podía ser más singular que estas pinturas.

La mesa estaba puesta para dos personas con cubiertos de oro para ambas; el buffet sorprendía por la cantidad de copas de cristal de roca y de mil piedras raras. El príncipe no sabía para quiénes eran estos dos puestos. Después vio a unos gatos que se dispusieron en una pequeña platea, expresamente arreglada; uno de ellos sostenía un libro con las notas más

extraordinarias del mundo, otro tenía un rollo de papel con el que llevaba el compás, y los otros tenían pequeñas guitarras. De pronto todos se pusieron a maullar en distintos tonos, y a arañar las cuerdas de las guitarras con las uñas: era la música más extraña que se haya escuchado. El príncipe se habría creído en el infierno, si no encontrara este palacio demasiado maravilloso como para concebir una idea tal; pero se tapaba los oídos, y reía con todas sus fuerzas al ver las diferentes voces y las distintas muecas de estos nuevos músicos.

Meditaba sobre cada una de las cosas que le habían acontecido en este castillo, cuando vio entrar a una pequeña figura que no medía ni un codo de alto. Esta figurita estaba cubierta con un largo velo de seda negra. Dos gatos la acompañaban; vestían de negro, con capa y con la espada al cinto; detrás venía un cortejo de gatos; los unos llevaban jaulas llenas de ratas, y los otros, cajas llenas de ratones.

El príncipe no salía de su asombro; no sabía qué pensar. La figurita negra se acercó, y al levantar ella su velo, el príncipe vio la más bella gatita blanca que haya existido o existirá jamás. Tenía un aire de juventud y de tristeza; empezó a emitir un maullido tan dulce y tan encantador que tocaba de inmediato el corazón; le dijo al príncipe:

“Hijo del rey, bienvenido seas, mi majestad maullante te mira complacida”.

“Señora Gata” dijo el príncipe, “es usted muy generosa al darme esta acogida

gentil, pero no me parece usted una bestiecilla común; el don que tiene de la palabra, y el soberbio castillo que posee, son pruebas muy evidentes de ello”.

“Hijo del rey” continuó la Gata Blanca, “te pido que dejes de hacerme tantos cumplidos pues yo soy sencilla en mis discursos y en mis modales, aunque tengo buen corazón. Vamos, que le sirvan, y que los músicos se callen, porque el príncipe no entiende lo que dicen”.

“¿Y es que dicen algo, señora?” replicó el príncipe.

“Claro que sí” continuó ella. “Aquí tenemos poetas sumamente ingeniosos, y si usted permanece un tiempo entre nosotros, tendrá la oportunidad de convencerse de ello.”

“Solo hace falta escucharla a usted para creerlo” dijo el príncipe con galantería. “Pero además, señora, me parece que es usted una gata extraordinaria”.

Trajeron la cena, las manos de cuerpos invisibles la sirvieron. Primero pusieron sobre la mesa dos sopas, la una de pichones de paloma, y la otra de ratones gordos. La vista de la una le impedía al príncipe comerse la otra, pues se imaginaba que el mismo cocinero las había preparado: pero la gatita, que adivinó por la expresión de su cara lo que pasaba por su mente, le aseguró que su comida era aparte, y que podía comer lo que le presentaban con la certeza de que no contenía ni ratas ni ratones. El príncipe no se lo hizo decir dos veces, convencido de que la



linda gatita no querría engañarlo. Notó que ella tenía en la mano un retrato pintado en madera, cosa que le sorprendió. Le rogó que se lo mostrara, creyendo que era del maestro Minagrobis. Se sorprendió mucho de ver a un joven tan bello que era difícil creer que la naturaleza pudiese formar uno así, y que se le parecía tanto que habría sido imposible pintarle mejor. Ella suspiró, se puso aún más triste y mantuvo un profundo silencio. El príncipe se dio cuenta de que había en esto algo extraordinario; sin embargo, no se atrevió a informarse, de miedo de contrariar a la gata o de entristecerla. La entretuvo con todas las noticias que sabía, y se dio cuenta de que era muy instruida en los diversos intereses de los príncipes, y de otras cosas que ocurrían en el mundo.

Después de la cena, la Gata Blanca convidó a su huésped a entrar en un salón donde había un teatro, sobre el cual doce gatos y doce simios bailaron un ballet. Los unos estaban vestidos de moros y los otros de chinos. Eran apreciables los saltos y cabriolas que hacían, y de vez en cuando se aruñaban; de esta manera concluyó la velada. Gata Blanca le dio las buenas noches a su huésped; las manos que lo habían conducido hasta allí volvieron a encargarse de él y lo llevaron a una habitación distinta a la que había visto antes. Era menos magnífica pero más galante; estaba toda tapizada de alas de mariposas cuyos diversos colores formaban mil flores diferentes. También había plumas de pájaros muy raros, y que quizás no se hayan visto jamás fuera de esta habitación. Las camas eran de gasa, recogida con mil nudos de cintas. Había grandes espejos desde el cielo raso hasta el parquet, y los marcos de oro cincelado representaban mil pequeños amores.

El príncipe se acostó sin decir palabra, porque no había modo de conversar con las manos que le servían; durmió poco y

lo despertó un ruido confuso. Las manos enseguida lo sacaron de la cama y le pusieron un traje de caza. Miró hacia el patio del castillo y vio a más de quinientos gatos, algunos de los cuales conducían lebreles con traillas, mientras otros tocaban el cuerno: era una gran fiesta. Gata Blanca se iba de cacería; quería que el príncipe la acompañara. Las oficiosas manos le presentaron un caballo de palo que corría a rienda suelta y tenía un paso maravilloso; el príncipe quiso excusarse de montarlo: le parecía difícil convertirse en un caballero errante como Don Quijote. Pero su resistencia no sirvió de nada, y lo plantaron encima del caballo de palo, que tenía los arneses y la silla bordados con oro y diamantes. Gata Blanca iba montada en un mono, el más soberbio y hermoso que se haya visto; se había quitado el gran velo, y llevaba un gorro a la moda de los dragoneantes que le daba un aire tan resuelto que todos los ratones del vecindario le temían. Nunca se ha visto una cacería más brillante: los gatos corrían más rápido que los conejos y las liebres, de manera que cuando atrapaban a alguno, Gata Blanca exigía que se hiciera el mate en su presencia, y en él se realizaban mil pruebas de destreza muy divertidas. Los pájaros por su parte no se sentían muy seguros, pues los gatos más jóvenes se trepaban a los árboles, y el señor mono llevaba a Gata Blanca hasta los nidos de las águilas para que dispusiese a su antojo de los pequeños príncipes aguiluchos.

Habiéndose terminado la cacería, ella tomó un cuerno que era del largo de un dedo, pero que emitía un sonido tan claro y tan alto que podía oírse con facilidad a diez leguas de distancia. En cuanto terminó de tocar fanfarrias fue rodeada por todos los gatos de la región; unos aparecían por los aires, montados en coches, otros venían por el agua montados en barcas. En fin, jamás se

han visto tantos; iban casi todos vestidos de trajes coloridos. Ella volvió al castillo con este pomposo cortejo, y le pidió al príncipe que la acompañara, no obstante que a él le parecía que esta reunión de gatos tenía algo de carnaval de las brujas y de hechicería, y que la gata parlante era lo más asombroso de todo.

En cuanto regresó a casa, a la gata le pusieron su gran velo negro; comió con el príncipe, que tenía hambre y comió con buen apetito. Se sirvieron licores de los que bebió con gusto, y que de inmediato alejaron de su mente el recuerdo del perrito que debía llevarle al rey. Ya no pensaba sino en maullar con Gata Blanca, es decir, en ser su fiel y buen compañero. Pasaba los días en fiestas agradables, a veces pescando o cazando, y además había ballets, rondas, y mil otras cosas que lo divertían muchísimo; además, la bella gata con frecuencia componía versos y cancioncillas en un estilo tan apasionado que permitía adivinar su corazón tierno, y que era imposible hablar de esa manera sin amar, pero su secretario, que era un gato viejo, escribía tan mal que, aun cuando sus obras se hubiesen conservado, habría sido imposible leerlas.

El príncipe había olvidado hasta el país de donde venía. Las manos que he mencionado seguían sirviéndole. A veces hubiese querido ser gato para pasar su vida en esta buena compañía.

“¡Es triste!” le decía a Gata Blanca, “¡Me dolería mucho tener que separarme de ti porque te quiero tanto! Conviértete en mujer o vuélveme gato”.

A ella le hacía mucha gracia este deseo, y solo le respondía con frases oscuras de las que él no entendía casi nada. Un año se pasa volando cuando no se tienen penas ni dolores, cuando se está sano y alegre. Gata Blanca sabía en qué época debía volver el príncipe y, como él ya no pensaba en eso, ella se lo recordó.

“¿Sabes? Ya no tienes más que tres días para buscar el perrito que el rey tu padre desea, y tus hermanos han conseguido unos muy bonitos”.

El príncipe volvió en sí y dijo, asombrándose de su negligencia:

“¿Por cuál encantamiento secreto he olvidado lo que más me importa en el mundo? De esto dependen mi gloria y mi fortuna; ¿dónde voy a encontrar un perro como el que se necesita para ganar un reino, y un caballo tan fuerte que pueda recorrer un camino tan largo?”

Gata Blanca le dijo con más dulzura:

“Hijo del rey, no te pongas triste, yo estoy de tu parte; puedes quedarte aquí un día más, y aunque haya quinientas leguas de aquí a tu región, el buen caballo de palo te llevará allí en menos de doce horas”.

“Te lo agradezco, hermosa Gata” dijo el príncipe, “pero no me basta con regresar donde mi padre, es necesario que le lleve un perrito”.

“Toma” le dijo Gata Blanca, “aquí tienes esta bellota que contiene un perro más bello que el crepúsculo”.

“Ah” dijo el príncipe, “señora Gata, Su Majestad se burla de mí”.

“Acerca el estuche a tu oreja” continuó ella, “y lo oirás ladrar”.

Él obedeció: inmediatamente el perrito hizo ¡yap!, yap!, y el príncipe quedó maravillado porque un perrito que cabe dentro de una bellota debe de ser muy pequeño. Quería abrirla, tan grandes fueron sus ansias de verlo, pero Gata Blanca le dijo que podría darle frío por el camino, y que era mejor esperar hasta que estuviese en presencia de su padre. Él le dio las gracias mil veces, y se despidió con un tierno adiós.

“Te aseguro” le dijo, “que los días me han parecido tan cortos junto a ti, que me apena dejarte aquí; y aunque seas una soberana, y todos los gatos que te hacen la



corte sean más espirituosos y galantes que los nuestros, aun así quiero convidarte para que vengas conmigo”.

La Gata no contestó a esta proposición más que con un profundo suspiro. Se separaron; el príncipe fue el primero en llegar al castillo donde tenía la cita con sus hermanos. Ellos llegaron poco después y se sorprendieron al ver en el patio a un caballo de palo que saltaba mejor que todos los que tienen en las academias.

El príncipe se presentó ante ellos. Se abrazaron varias veces, y cada uno rindió cuenta de sus viajes; pero nuestro príncipe le ocultó a sus hermanos la verdad de sus aventuras, y les mostró un perro muy feo que no servía sino de estropajo para restregar diciendo que le había parecido tan bonito que era este el que le traía al rey. A pesar de la amistad que existía entre ellos, los dos mayores sintieron una dicha secreta por la mala decisión de su hermano menor:

estaban sentados a la mesa y se levantaron inmediatamente, como diciéndose que no tenían nada que temer en este asunto.

Al día siguiente partieron juntos en un solo coche. Los dos hijos mayores del rey llevaban a dos perritos en canastos, tan hermosos y delicados que casi ni se atrevía uno a tocarlos. El menor cargaba al pobre estropajo, que estaba tan sucio que a todos les costaba aguantárselo. Cuando estuvieron en el palacio, todo el mundo los rodeó para darles la bienvenida; entraron en las habitaciones del rey. Éste no sabía por cuál decidirse, porque los perritos que le presentaron sus dos mayores eran casi iguales en belleza, y desde ya se disputaban la ventaja de la sucesión, cuando el hijo menor resolvió el asunto sacando de su bolsillo la bellota que Gata Blanca le había dado. La abrió y en ese momento todos vieron a un perrito acostado sobre algodones. Pasaba por el medio de un anillo sin tocarlo. El príncipe

lo puso en el suelo y el perrito empezó enseguida a bailar la zarabanda con tanta gracia como la más célebre española. Era de mil colores diferentes, sus flecos y sus orejas arrastraban por el suelo. El rey se quedó muy confundido, pues era imposible hacerle alguna crítica a la belleza de este juguete.

Sin embargo no pensaba deshacerse de su corona. El más pequeño de sus picos era para el rey más precioso que todos los perros del universo. Le dijo pues a sus hijos que estaba satisfecho con sus esfuerzos; pero que habían tenido tanto éxito en la primera cosa que les había pedido que deseaba poner a prueba sus habilidades una vez más antes de cumplir su palabra; que por consiguiente les daba un año para buscar por mar y tierra una pieza de tela tan fina que pudiese pasar por el ojo de una aguja de coser encaje de Venecia. Los tres se pusieron muy tristes de verse obligados a emprender una nueva búsqueda. Los dos príncipes cuyos perros eran menos hermosos que el de su hermano menor, dieron su consentimiento. Cada cual salió por su lado, sin hacerse tantas manifestaciones de cariño como la primera vez, pues el estropajo los había dejado un poco disgustados.

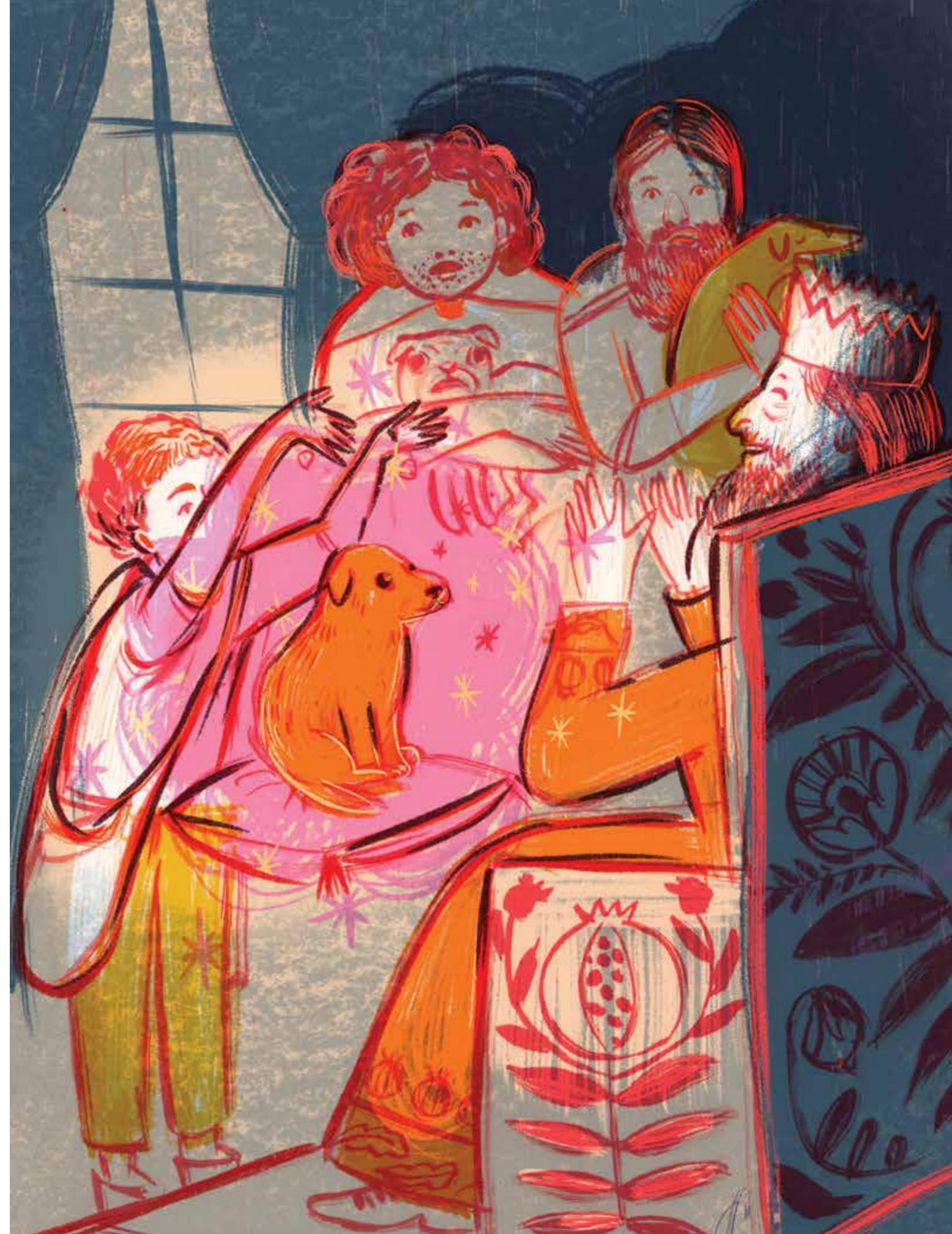
Nuestro príncipe volvió a montar su caballo de palo; y sin querer buscar otra ayuda más que la que pudiese esperar de la amistad de Gata Blanca, partió rápidamente y volvió al castillo donde ella lo había recibido tan bien. Encontró todas las puertas abiertas; las ventanas, los techos, las torres y los muros estaban iluminados por mil lámparas que producían un efecto maravilloso. Las manos que le habían servido tan bien avanzaron hacia él y tomaron la brida del excelente caballo de palo, al que llevaron a las caballerizas, mientras que el príncipe entró en la habitación de Gata Blanca.

Estaba acostada en una canastilla, sobre un colchón de seda blanca muy limpio. Tenía el tocado desarreglado y parecía triste; pero cuando vio al príncipe se puso a dar mil saltos y piruetas para manifestarle la alegría que sentía.

“Cualquier esperanza que tuviese”, le dijo ella, “de esperar tu regreso, te confieso, hijo del rey, que no me atrevía a confiar en ella; y soy por lo regular tan desafortunada en las cosas que deseo, que esta me toma por sorpresa”.

El príncipe agradecido le hizo mil caricias, le contó del éxito de su viaje, que ella tal vez conocía mejor que él, y le dijo que el rey quería una pieza de tela que pudiese pasar por el ojo de una aguja; que a decir verdad él no creía que ello fuese posible, pero que no había dejado de intentarlo, esperándolo todo de su amistad y de su ayuda. Gata Blanca, asumiendo una actitud más seria, le dijo que era un asunto para meditar, que por suerte ella tenía en su reino unas gatas que hilaban muy bien, que ella misma hilaba con sus garras, y que se pondría a la tarea; que por lo tanto él podía estar tranquilo, y no tenía que ir lejos a buscar algo que iba a encontrar más fácilmente en su hogar que en cualquier otro sitio del mundo.

Las manos aparecieron llevando antorchas y el príncipe, siguiéndolas con Gata Blanca, entró en una magnífica galería que bordeaba un gran río, donde se encendió un enorme y sorprendente juego de artefactos. En él se iban a quemar cuatro gatos cuyo proceso se había hecho según las normas. Se les acusaba de comerse el asado de la cena de Gata Blanca, su queso, su leche, y hasta de haber conspirado contra su persona con Martafax y El Ermita, famosas ratas del país, descritas así por La Fontaine, autor muy confiable, pero con todo y eso, se sabía



que había mucho de cábala en este asunto y que la mayor parte de los testigos eran comprados. Sea lo que fuere, el príncipe obtuvo el perdón para los cuatro gatos. El juego de artificio no hirió a nadie, y nunca se han visto unos cohetes tan bellos.

Enseguida sirvieron una cena muy bien presentada que le causó más placer al príncipe que los cohetes pues tenía mucho apetito: y es que su caballo de palo lo había traído con una rapidez nunca vista. Los días siguientes pasaron como los anteriores, con mil fiestas diferentes que la ingeniosa Gata Blanca le ofrecía a su huésped. Es quizás el primer mortal que se haya divertido tanto con unos gatos, sin tener ninguna otra compañía.

Es verdad que Gata Blanca poseía una mente brillante, admirable y casi universal. Era más instruida de lo que se le permite ser a una gata. El príncipe a veces se asombraba:

“No”, le decía, “no es algo natural todo lo que aprecio en ti de maravilloso: si me quieres, gatita encantadora, ¿cuéntame por qué prodigio piensas y hablas de manera tan acertada que podrías ser aceptada en las famosas academias de las mentes más brillantes?”

“Deja tus preguntas, hijo del rey” le decía ella, “no me está permitido responderlas, y puedes hacer todas las conjeturas que quieras sin que yo me oponga; debe bastarte con que yo tenga siempre pata de terciopelo para ti, y que me interese con ternura por todo lo que te concierne.”

Insensiblemente, este segundo año se fue igual que el primero, el príncipe

no deseaba una cosa sin que las manos diligentes se la trajeran instantáneamente, ya fuesen libros, joyas, pinturas, medallas antiguas; en fin, no tenía más que decir yo quiero tal joya, que está en el despacho del Mogul o del rey de Persia, tal estatua de Corinto o de Grecia, inmediatamente veía frente a él lo que deseaba, sin saber ni quién lo había traído ni de dónde venía. Esas cosas no dejan de ser agradables, y para cambiar un poco, a veces nos gusta ser dueños de los más bellos tesoros de la tierra.

Gata Blanca, que velaba siempre por los intereses del príncipe, le advirtió que el momento de su partida se acercaba, que podía estar tranquilo en cuanto a la pieza de tela que deseaba, puesto que ella le había hecho una maravillosa; añadió que quería esta vez darle un coche digno de su nobleza, y sin esperar la respuesta del príncipe, lo obligó a mirar hacia el gran patio del castillo. Allí había una calesa descubierta, de oro martillado color de fuego, con mil insignias galantes que satisfacían tanto al espíritu como a los ojos. Doce caballos blancos como la nieve, enganchados de a cuatro en hilera, tiraban de ella enjaezados con arneses de terciopelo color de fuego bordados con diamantes engastados en oro. El recubrimiento interior de la calesa era similar, y cien carrosas de ocho caballos, todas llenas de señores de buena apariencia, soberbiamente vestidos, iban detrás de ella. También la acompañaban mil guardias cuyos vestidos estaban tan llenos de diamantes que no se veía la tela. Lo más singular era que en todas partes se veía el

retrato de Gata Blanca, ya sea en las insignias de la calesa, o prendidos con cinta al chaleco de quienes formaban el cortejo, como si se tratara de una orden nueva con la que ella los hubiese honrado.

“Anda” le dijo al príncipe, “haz tu aparición en la corte de tu padre de una manera tan suntuosa que tu aire de magnificencia sirva para impresionarlo, a fin de que no te siga negando la corona que mereces. Mira esta nuez, no la quiebres sino en su presencia, allí encontrarás la pieza de tela que me pediste”.

“Querida Blanquita” le dijo él, “te confieso que tus bondades han penetrado en mí de tal manera que si tú consintieras, yo preferiría pasar mi vida contigo en vez de todas las grandezas que tengo razón de esperar en otra parte”.

“Hijo del rey” replicó ella, “estoy persuadida de la bondad de tu corazón: es una mercancía rara entre los príncipes, ellos quieren que todos los amen pero no quieren amar a nadie; tú demuestras con creces que la regla general tiene su excepción. Tomo nota del afecto que manifiestas por una pequeña Gata Blanca, que en fondo solo sirve para atrapar ratones”.

El príncipe besó su pata y partió.

Costaría trabajo creer la velocidad con que avanzó, si no supiéramos ya de qué manera el caballo de palo lo había llevado en menos de dos días a más de quinientas leguas del castillo; de suerte que el mismo poder que había animado al caballo de palo impulsó con tanta fuerza a los demás que el

viaje no duró más de veinticuatro horas; no se detuvieron en ninguna parte hasta que llegaron a la casa del rey, adonde los dos hermanos mayores ya habían llegado. Ellos, al ver que su hermano menor no aparecía, se alegraron de su negligencia y se decían el uno al otro por lo bajo:

“He aquí un hecho afortunado; estará muerto o enfermo, ya no será nuestro rival en el asunto importante que se va a tratar”.

Inmediatamente exhibieron sus telas que a decir verdad eran tan finas que pasaban por el ojo de una aguja grande, aunque por el de una pequeña no pasaban. Y el rey, muy satisfecho con este pretexto de disputa, les mostró la aguja que él había escogido y que los magistrados, por orden suya, fueron a traer del tesoro de la ciudad, donde estaba cuidadosamente guardada.

Se murmuraba mucho acerca de esta disputa. Los amigos de los príncipes, y en particular los del mayor, pues su tela era la más bella, decían que el asunto era un franco engaño en el que se notaba mucha habilidad y demasiado apego a las normas. Los partidarios del rey sostenían que él no estaba obligado a cumplir unas condiciones que no había establecido. Al fin, para ponerlos a todos de acuerdo, se escuchó un encantador ruido de trompetas, de timbales y de oboes; era nuestro príncipe que llegaba con un séquito pomposo. El rey y sus dos hijos se asombraron por igual de tanta magnificencia.

Luego de saludar con respeto a su padre y abrazar a sus hermanos, el príncipe sacó la nuez de un estuche con tapa de



rubíes y la quebró, creyendo que encontraría allí la pieza de tela tan renombrada, pero en su lugar había una nuez más pequeña, y al quebrar esta se sorprendió de ver el corazón de una cereza. Todos se miraban, el rey reía por lo bajo y se burlaba de que su hijo fuese tan crédulo como para creer que traía una pieza de tela en una bellota: ¿pero por qué no lo habría creído puesto que este hijo ya le había traído un perrito que cabía en una nuez? El príncipe quebró entonces el corazón de la cereza, que tenía dentro su almendra, y entonces se elevó un gran ruido en la habitación, no se oía otra cosa más que: ‘el menor de los príncipes se dejó engañar en la aventura’. Él no respondió a las desagradables burlas de los cortesanos. Abrió la almendra y encontró un grano de trigo y luego en el grano de trigo una semilla de mijo. ¡Ay! La verdad es que empezó a desconfiar y masculló entre dientes:

“Gata Blanca, Gata Blanca, te has burlado de mí”.

En ese momento sintió en su mano la garra de un gato que lo rasguñó con tanta fuerza que le sacó sangre. No supo si este rasguño era para darle ánimo o para regañarlo. Sin embargo abrió la semilla de mijo y el asombro de la corte no fue poco cuando sacó de la semilla una pieza de tela de cuatrocientos pies, tan extraordinaria que en ella todos los pájaros, los animales y los peces aparecían pintados en medio de los árboles, los frutos y las plantas de la tierra, las rocas, las curiosidades y las conchas del mar, el sol, la luna, las estrellas, los astros y los planetas de los cielos. También estaban los retratos de los reyes y otros soberanos que reinaban por entonces en el mundo; los de sus esposas, sus amantes y sus hijos, y de todos sus súbditos, sin olvidar al más pequeño bribón. Cada cual se presentaba a su manera y vestía a la moda de su país. Cuando el rey vio esta pieza de tela se puso

tan pálido como rojo se había puesto el príncipe por tener que buscarla tanto tiempo. La aguja fue presentada y pasó y repasó seis veces. El rey y los dos príncipes mayores guardaron un silencio taciturno, aunque la rara belleza de esta tela los forzaba a decir de vez en cuando que todo cuanto existía en el universo no se comparaba con ella.

El rey exhaló un profundo suspiro y volviéndose hacia sus hijos les dijo:

“Nada puede consolarme tanto en mi vejez como reconocer la deferencia de ustedes para conmigo, por lo que deseo someterlos a todos a una nueva prueba. Haced un nuevo viaje de un año, y aquél que al final de ese año me traiga a la muchacha más hermosa se casará con ella y será coronado rey el día de su boda, puesto que también es necesario que mi sucesor se case. Juro y prometo que no voy a diferir más antes de otorgar la recompensa que prometí”.

Tanta injusticia abrumó a nuestro príncipe. El perrito y la pieza de tela ameritaban diez reinos en vez de uno. Pero tenía tan buenas maneras que no quiso contrariar la voluntad de su padre y sin esperar más volvió a montarse en su calesa. Todo su séquito le siguió y así volvió adonde su querida Gata Blanca. Ella conocía el día y la hora en que debía llegar: todo el camino estaba cubierto de flores, mil ollas humeaban por todos lados, y particularmente en el castillo. La gata estaba sentada sobre un tapiz persa cubierto por un pabellón de tela dorada, en una galería desde la que podía verle venir. Fue recibido por las manos que siempre le habían servido. Todos los gatos montaron sobre los aleros para felicitarlo con un maullido desesperado.

“Y bien, hijo del rey, ¿vuelves de nuevo sin la corona?”

“Señora” replicó el príncipe, “tus bondades me habían puesto en estado de ganarla, pero estoy convencido de que al rey



le causaría un dolor más grande deshacerse de ella que el placer que a mí me traería poseerla”.

“No importa” dijo ella, “no hay que descuidar ningún detalle para merecerla, yo voy a servirte en esta oportunidad; y ya que es necesario que lleves a una muchacha hermosa a la corte de tu padre, voy a buscarte una que te hará ganar el premio; pero para divertirnos he ordenado un combate naval entre mis gatos y las terribles ratas de la comarca. A mis gatos quizás les va a costar, porque le temen al agua, pero de otro modo tendrían demasiada ventaja y es necesario, hasta donde se pueda, equilibrar todas las cosas”.

El príncipe admiró la prudencia de la señora Gatita. Le expresó su admiración y salió con ella a una terraza que daba hacia el mar.

Los navíos de los gatos consistían en grandes pedazos de corcho sobre los cuales viajaban muy cómodamente.

Las ratas habían reunido muchas cáscaras de huevo, y eran ellas sus navíos. El combate se tornó cruel; las ratas se tiraban al agua, y nadaban mucho mejor que los gatos, de suerte que fueron veinte veces vencedoras y vencidos; pero Minagrobis, almirante de la flota gatuna, en un último esfuerzo, redujo al ejército de los ratones. Se comió de varios bocados al general de la flota de las ratas; este era una vieja rata experimentada que le había dado tres veces la vuelta al mundo en buenos navíos, en los que no era ni capitán, ni marinero sino únicamente mordisqueador de tocino.

Gata Blanca no permitió que se matara a todas aquellas pobres desdichadas. Tenía muy buen sentido de la política, y pensaba que si ya no hubiera ni ratas ni ratones en la región, sus súbditos vivirían un ocio que podría perjudicarlos. El príncipe pasó este año igual que los anteriores, es decir, cazando, pescando y jugando, porque

Gata Blanca jugaba muy bien al ajedrez. El príncipe no podía evitar hacerle a veces nuevas preguntas para saber por qué milagro hablaba la gatita. Le preguntaba si era un hada, o si por una metamorfosis se había transformado en gata. Pero como ella nunca decía más que lo que quería decir, tampoco contestaba más que lo que quería contestar, y fueron tantas las medias palabras que no significaban nada, que el príncipe comprendió que ella no quería compartir su secreto con él.

Nada se pasa tan rápido como los días que transcurren sin pena y sin dolor, y si la gata no hubiese tenido el cuidado de recordar cuándo debía volver a la corte, al príncipe de seguro se le habría olvidado completamente. Ella le hizo saber la víspera que de él dependería llevar a una de las más bellas princesas que había en el mundo, que la hora de destruir la obra fatal de las hadas había llegado por fin, y que para ello era necesario que él se decidiera a cortarle la cabeza y la cola, echándolas enseguida al fuego.

“¡Yo!” exclamó él. “¡Blanquita! ¡Mi amor! ¿Yo, dime, sería tan bárbaro como para matarte? ¡Ah! Quieres sin duda poner a prueba mi corazón, pero ten la certeza que este no es capaz de faltar a la amistad y al reconocimiento que te debe”.

“No, hijo del rey” continuó ella. “No temo ninguna ingratitud de parte tuya; conozco tus méritos: no somos ni tú ni yo quienes decidiremos en este asunto nuestro destino. Haz lo que te pido, volveremos a ser felices tanto tú como yo, y sabrás, fe de gata noble y honrada, que de veras te amo”.

Las lágrimas afloraron dos o tres veces a los ojos del príncipe, de solo pensar que debía cortarle la cabeza a su gatita que era tan linda y graciosa. Dijo aún todo lo más tierno para que ella desistiera, pero la gatita respondía tercamente que quería morir por

su mano, y que era el único modo de impedir que sus hermanos se quedaran con la corona. En una palabra, le insistió con tanto ardor que él sacó su espada, tembloroso, y con mano insegura le cortó la cabeza y la cola a su querida amiga la gata. En ese mismo instante vio la metamorfosis más encantadora que pueda imaginarse. El cuerpo de Gata Blanca creció convirtiéndose al mismo tiempo en mujer; es algo que no podría describirse, fue la transformación más exitosa. Sus ojos encantaban los corazones, y su dulzura los retenía; su talle era majestuoso, su aire noble y modesto, su espíritu encantador, sus modales agradables; en fin, estaba por encima de todo lo más amable que exista.

El príncipe al verla se quedó tan sorprendido, y su sorpresa fue tan agradable, que creyó ser víctima de un encantamiento. No podía hablar, sus ojos no le bastaban para mirarla, y su lengua muda no podía explicar su asombro. Pero fue aún mayor cuando vio entrar a un gran número de damas y caballeros que con sus pieles de gato sobre los hombros vinieron a postrarse a los pies de la reina para manifestarle su dicha al volver a verla en su estado natural. Ella los recibió con muestras de bondad que demostraban muy bien el carácter de su corazón. Y después de haber estado con su círculo durante unos momentos, ordenó que la dejaran sola con el príncipe y le habló así:

“No penséis, señor, que yo fui siempre gata ni que mi cuna fuese oscura entre los hombres. Mi padre era rey de seis reinos. Amaba con ternura a mi madre, y le daba entera libertad para hacer todo lo que quisiera. Su inclinación dominante era la de viajar, de manera que estando embarazada conmigo, decidió ir a conocer cierta montaña de la que había oído decir cosas admirables. Mientras iba en camino le dijeron que había, cerca del lugar por el que

pasaba, un antiguo castillo de las hadas, el más hermoso que hubiere, al menos así se creía según una tradición que existía, pues como nadie entraba nunca allí era imposible juzgar, pero que se sabía con toda seguridad que aquellas hadas tenían en su jardín las mejores frutas, las más sabrosas y delicadas que jamás se pudiesen degustar.

Inmediatamente la reina, mi madre, sintió un deseo tan violento de comerlas que volvió sus pasos hacia ese sitio. Llegó al portón de este soberbio edificio que brillaba por todos los lados de oro y azur, pero tocó a la puerta inútilmente, parecía que allí todos estaban muertos. Como su deseo aumentaba con las dificultades, mandó traer escaleras con el fin de poder pasar por encima de los muros del jardín, lo cual habría sido posible si los muros no se hubieran elevado a ojos vistas aunque nadie trabajaba en esa tarea. Amarraron escaleras unas a otras pero se quebraban con el peso de quienes trepaban por ellas, hiriéndose o matándose.

La reina se desesperaba. Veía unos árboles grandes cargados de frutas que creía deliciosas y quería comerlas o morir, de modo que hizo montar carpas muy lujosas delante del castillo, y se quedó ahí seis semanas con toda su corte. No comía ni dormía, suspiraba sin cesar, no hablaba sino de las frutas del jardín inaccesible y al fin cayó gravemente enferma, sin que nadie pudiese aportar ni el menor remedio para su mal pues las inexorables hadas no aparecieron ni siquiera cuando se instaló cerca de su castillo. Todos sus servidores estaban extraordinariamente afligidos: no se oían sino quejas y suspiros mientras que la reina moribunda les pedía frutas a quienes la atendían, pero deseaba únicamente las que le negaban.

Una noche en que se había adormecido, vio al despertar a una viejita fea y decrépita sentada en un sillón junto a la cabecera de su cama. Se sorprendía de que sus servidoras

hubiesen dejado acercarse tanto a una desconocida, cuando la viejita le dijo:

“Nos parece que Su Majestad es muy imprudente al querer con tanta obstinación comerse nuestras frutas, pero como de ello depende su preciosa vida, mis hermanas y yo consentimos en darle todas las que pueda llevarse, y mientras esté aquí, con la condición de que nos conceda un donativo”.

“¡Ah! Madrecita querida” exclamó la reina, “hablad, yo os doy mis reinos, mi corazón, mi alma, con tal de tener esas frutas; no podría comprarlas demasiado caras”.

“Nosotras queremos” dijo ella, “que Tu Majestad nos ofrende la hija que llevas en tu seno. En cuanto nazca, iremos a pedirla; vivirá entre nosotras; no habrá virtud, belleza ni ciencia que no queramos otorgarle: en una palabra, ella será nuestra hija, nosotras la haremos feliz; pero ten en cuenta que Tu Majestad no volverá a verla sino cuando se case. Si esta proposición es de tu agrado, voy a curarte enseguida, y a llevarte hasta nuestras huertas; a pesar de la oscuridad, verás tan claro como sea necesario para que escojas lo que quieras. Si lo que te digo no te complace, buenas noches, señora, me voy a dormir”.

“Aunque la ley que me imponéis es muy dura” respondió la reina, “la acepto más bien que morir, pues es seguro que no tengo ni un día más de vida, así que perdería a mi hija perdiéndome a mí misma. Salvadme, hada sabia, y no me dejéis ni un momento sin gozar del privilegio que acabáis de concederme”.

El hada la tocó con un palito de oro diciendo:

“Que Tu Majestad esté libre de todos los males que la retienen en este lecho”.

La reina sintió inmediatamente que le quitaban un vestido muy pesado y muy rígido que la agobiaba, y que había puntos



en los que se sentía mejor. Eran estos, al parecer, aquellos donde el mal era más grande. Mandó llamar a todas sus damas y les dijo con cara alegre que se sentía de maravilla, que iba a levantarse, y que al fin aquellas puertas tan corroídas y tan trancadas del palacio encantado se le abrirían para que pudiese comer aquellas lindas frutas, y llevarse consigo las que quisiera.

Todas y cada una de sus damas creyeron que la reina deliraba, y que en ese momento pensaba en aquellas frutas que tanto había deseado, de manera que en vez de contestarle, se pusieron a llorar y mandaron despertar a todos los médicos para que vinieran a ver el estado en el que se encontraba la reina. Esta tardanza desesperó a la reina: pidió que le trajeran sus vestidos inmediatamente, pero se los negaron; se puso furiosa y empezó a ponerse muy roja. Decían que era el efecto de su fiebre; sin embargo cuando los médicos entraron, luego de tomarle el pulso y de cumplir con sus acostumbradas ceremonias, no pudieron negar que la reina se encontraba en perfecto estado de salud. Sus damas vieron la falta que su celo les había hecho cometer; intentaron repararla y la vistieron con prontitud. Cada una le pidió perdón, todo se calmó, y ella se apresuró a seguir detrás del hada vieja que seguía esperándola.

La reina entró en el palacio al que nada podría añadirse para que fuese el sitio más hermoso del mundo.

“Me crearás con facilidad, señor,” añadió la Gata Blanca, “cuando te diga que es este mismo en el que estamos. Otras dos hadas un poco menos viejas que la que condujo a mi madre la recibieron en la puerta, y le prodigaron un recibimiento muy caluroso. Ella les pidió que la llevaran prontamente al jardín y a los invernaderos donde pudiera encontrar las mejores frutas”.

“Son todas igualmente buenas” le dijeron ellas, “y si no fuese porque tú quieres tener el placer de cogerlas tú misma, solo tendríamos que llamarlas para que vinieran aquí”.

“Yo les suplico, señoras” dijo la reina, “que me permitáis tener la satisfacción de ver algo tan extraordinario”.

La más vieja se llevó los dedos a boca, silbó tres veces, y luego gritó:

“Albaricoques, duraznos, duraznos amarillos, naranjas, limones, grosellas, cerezas, ciruelas, peras, nectarinas, melones, uvas moscatel, manzanas, fresas, frambuesas, atended mi llamado”.

“Pero” dijo la reina, “todo aquello que usted acaba de llamar se produce en diferentes estaciones”.

“Eso no es así en nuestras huertas” dijeron ellas. “Nosotras tenemos todas las frutas que existen en la tierra, siempre maduras, siempre buenas, y que no se dañan nunca”.

En ese mismo momento llegaron rodando, rampantes, todas mezcladas, sin dañarse ni ensuciarse, de modo que la reina,

impaciente por satisfacer su apetito, se abalanzó sobre las que tenía más cerca, y se las devoró más bien que comérselas.

Después de satisfacerse un poco, les pidió a las hadas que le permitiesen ir hasta los invernaderos, para tener el placer de escoger con los ojos antes de cogerlas.

“Consentiremos gustosas” dijeron las tres hadas, “pero acuérdate de la promesa que nos hiciste; ya no te será posible retractarte de ella”.

“Estoy convencida” replicó ella, “de que se está tan bien entre vosotras, y este palacio me parece tan bello, que si no amara entrañablemente a mi esposo, me ofrecería para quedarme yo también; por lo que no debéis temer que me retracte”.

Muy contentas, las hadas le abrieron todos sus jardines y todos sus invernaderos: tan deliciosas le parecían estas frutas que la reina permaneció allí tres días y tres noches sin querer salir. Cogió frutas para aprovisionarse, y como no se dañan nunca, hizo cargar cuatro mil mulas que se llevó consigo. Las hadas añadieron a sus frutas canastos de oro, exquisitamente labrados, para que en ellos metieran las frutas, y muchas cosas raras de un precio altísimo. Le prometieron que me criarían como se cría a todas las princesas, que me harían perfecta, que escogerían para mí un esposo y que le avisarían a ella de la boda, a la que deseaban que asistiera.

El rey se regocijó por el retorno de la reina; toda la corte le manifestó su dicha;

no fueron sino bailes, mascaradas, carreras de caballos premiadas con un anillo, y festines en los que las frutas de la reina eran servidas como un regalo delicioso. El rey prefería comer estas frutas antes que todo lo pudiesen presentarle. Él no sabía nada del trato que ella había hecho con las hadas, y con frecuencia le preguntaba a qué región había ido para traer cosas tan buenas. Ella le respondía que estas cosas se encontraban sobre una montaña casi inaccesible, otras veces que venían de los valles, luego que de un jardín o de un gran bosque. El rey se sorprendía de tantas contradicciones. Interrogó a quienes la habían acompañado pero ella les había prohibido tanto que le contaran a nadie su aventura, que ellos no se atrevieron a hablar. Al fin la reina, inquieta por lo que les había prometido a las hadas, viendo que se acercaba el tiempo de su parto, cayó en una melancolía terrible, suspiraba a cada momento, y desmejoraba a ojos vistas. El rey se inquietó, presionó a la reina para que le declarara la razón de su tristeza; y después de mucho penar, ella le contó todo lo que había pasado entre ella y las hadas, y cómo les había prometido entregarles la hija que iba a tener.

“¡Cómo!” exclamó el rey. “No tenemos hijos, tú sabes cuánto los deseo, ¿y por comerte dos o tres manzanas fuiste capaz de prometer que entregarías a tu hija? Eso significa que no sientes ningún amor por mí”.

Entonces le lanzó mil reproches, por los que mi madre creyó que moriría de dolor;



pero no contento con eso la hizo encerrar en una torre, y puso guardias por todas partes para impedir que ella se comunicara con nadie en el mundo, y cambió a todos los caballeros que le servían sin olvidar a aquellos que habían ido con la reina al castillo de las hadas.

La mala relación entre el rey y la reina sumió a la corte en una consternación infinita. Cada uno de los cortesanos cambió sus vestidos lujosos por otros conformes a la tristeza generalizada. El rey por su parte parecía inexorable; ya no veía a su esposa, y en cuanto yo nací me hizo llevar a su palacio para que me alimentaran allá, mientras ella seguía prisionera y muy triste. Las hadas no ignoraban nada de lo que acontecía, y se irritaron con estas medidas, querían tenerme, consideraban que yo les pertenecía y que retenerme era robarles. En lugar de buscar una venganza proporcional a su enojo, le enviaron al rey una embajada numerosa para advertirle que debía poner en libertad a la reina y devolverle sus privilegios, y entregarme a sus embajadores para que me cuidaran y me criaran a su lado. Los embajadores eran tan pequeños y contrahechos, porque eran horribles enanos, que no tuvieron el don de persuadir al rey de lo que deseaban. El rey se negó rotundamente, y si no fuera porque los enanos partieron inmediatamente, quizás les habría ocurrido algo peor.

Cuando las hadas se enteraron del modo de proceder de mi padre se indignaron enormemente, y después de enviar a sus seis reinos todos los males que pudieran hacerles daño, soltaron a un dragón espantoso que iba regando veneno por todos los sitios por donde pasaba, que comía hombres y niños, y que secaba los árboles y las plantas con su aliento.

El rey se encontraba en una desolación extrema: consultó a todos los sabios de su reino acerca de qué debía hacer para evitar

las desgracias a sus súbditos, que estaban agobiados. Ellos le aconsejaron que mandara buscar por todo el mundo a los mejores médicos y los más excelentes remedios, y que además debía prometer a los criminales condenados a muerte que les perdonaría la vida si aceptaban combatir al dragón. El rey, muy satisfecho con estos consejos, los puso en práctica pero no recibió ningún consuelo porque la mortandad continuó, y nadie luchaba contra el dragón sin que este lo devorase; de manera que recurrió a un hada que lo protegía desde su más tierna infancia. El hada estaba muy vieja, ya casi ni se levantaba. El rey fue a buscarla y ella le reprochó mil veces por permitir que el destino lo persiguiera sin piedad.

“¿Qué quiere usted que yo haga?” le dijo. “Ha irritado a mis hermanas; ellas tienen tanto poder como yo, y rara vez nos ponemos en contra unas de otras. Piense más bien en apaciguarlas entregando a su hija pues esta pequeña princesa les pertenece. Mantiene a la reina en una estrecha prisión; ¿qué le ha hecho a usted esa mujer tan amorosa para que la trate tan mal? Decídase a cumplir la palabra que ella empeñó, le aseguro que se verá cubierto de bienes”.

El rey, mi padre, me amaba con ternura, pero como no veía otra manera de salvar sus reinos, y deshacerse del fatal dragón, le dijo a su amiga que estaba dispuesto a creerle, que consentía en darme a las hadas, puesto que ella le aseguraba que me amarían y me tratarían como corresponde a las princesas de mi rango; que además traería de vuelta a la reina, y que el hada solo tenía que decirle a quién me debía entregar para que me llevara al castillo encantado.

“Es preciso” le dijo el hada, “llevarla en su cuna a lo alto de la montaña de las flores; usted puede, si lo desea, permanecer en las cercanías para ser espectador de la fiesta que tendrá lugar allí”.

El rey le dijo que antes de ocho días iría con la reina, y que ella por su parte le avisara a sus hermanas las hadas, para que hiciesen al respecto lo que creyeran conveniente.

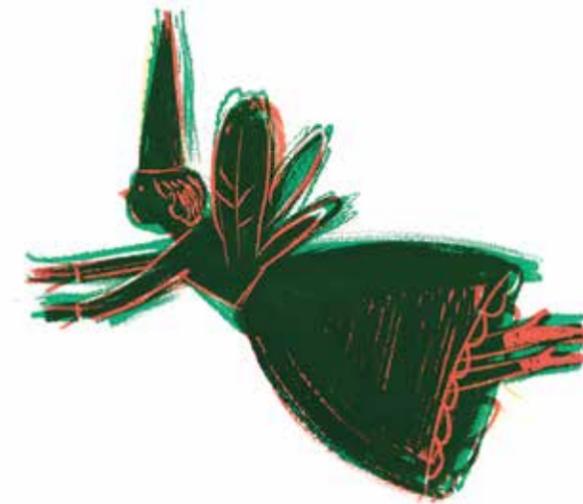
En cuanto volvió al palacio mandó buscar a la reina con una ternura y una pompa tan grandes como habían sido su cólera y violencia al encarcelarla. La reina estaba tan abatida y tan cambiada que al rey le hubiese costado reconocerla, si no fuera porque su corazón le aseguraba que esta era la misma persona que había amado tanto. Le pidió, con lágrimas en los ojos, que olvidara los disgustos que él le había causado, asegurándole que serían los últimos que sufriría de parte suya. La reina le contestó que había sido ella misma quien se los había causado por la imprudencia que cometió al prometerle su hija a las hadas, y que si algo podía excusarla era el hecho de que se hallaba en embarazo. Finalmente, el rey le declaró que quería volver a ponerme en manos de las hadas. La reina a su turno combatió ese designio. Parecía que en esto se mezclaba una fatalidad, y que yo iba a ser siempre motivo de discordia entre mis padres. Después de mucho gemir y llorar, sin obtener lo que anhelaba (porque el rey veía demasiado bien las funestas consecuencias, y nuestros súbditos seguían muriendo, como si fuesen los culpables de las faltas de nuestra familia), la reina consintió a todo lo que él exigía, y se hicieron los preparativos para la ceremonia.

Me pusieron en una cuna de concha nácar, adornada con toda la elegancia que el arte pueda imaginar. Alrededor de ella colgaban guirnaldas y festones, y las flores eran de pedrería, de manera que sus diversos colores captaban la luz del sol reflejando unos rayos tan brillantes que era imposible mirarlos. La magnificencia de mi atuendo sobrepasaba quizás la de mi cuna. Todos los puntos de mi saco estaban hechos de

perlas grandes, veinticuatro princesas de sangre azul me portaban sobre un palanquín muy liviano. Sus vestidos eran magníficos, pero no se les permitió llevar otro color que no fuese el blanco, en consideración a mi inocencia. Toda la corte me acompañó, cada cual según su rango.

Durante el ascenso a la montaña se escuchó una sinfonía melodiosa en las cercanías; al fin aparecieron las hadas, treinta y seis por todas, pues ellas les habían rogado a sus amigas que las acompañaran. Cada una estaba sentada en una concha de perla, más grande que la concha en la que aparecía Venus cuando emergió del mar; caballos marinos que no podían andar por tierra arrastraban de ellas, más presumidas que las primeras reinas del universo aunque eran extremadamente viejas y feas. Traían un ramo de laurel como muestra de que la sumisión del rey les agradaba, y cuando estuve con ellas, aquello fueron unas atenciones tan extraordinarias que parecía que ya no quisiesen vivir sino para hacerme feliz.

El dragón que les había servido para vengarse de mi padre venía detrás, sujetado con cadenas de diamantes: en cuanto me tuvieron entre sus brazos, las hadas me hicieron mil muestras de cariño, me dotaron de muchos dones, y luego comenzaron su danza de las hadas. Es un baile muy alegre; casi no puede creerse la forma en que estas viejas damas saltaban y brincaban; después, el dragón que se había comido a tantas personas se acercó arrastrándose. Las tres hadas a las que mi madre me había prometido se sentaron encima de él, pusieron mi cuna en medio de ellas, y, al golpear al dragón con un bastón, este desplegó inmediatamente sus alas escamosas, más finas que la seda, y mezcladas de mil colores raros; y así se fueron al castillo. Mi madre al verme en el



aire, expuesta sobre aquel furioso dragón, no pudo contenerse y se puso a gritar a más no poder. El rey la consoló asegurándole que su amiga le había dicho que no me ocurriría ningún accidente, y que iban a ocuparse de mí con el mismo cuidado que si estuviese en su propio palacio. La reina se apaciguó, aunque le dolía mucho perderme por tanto tiempo, y haber sido la culpable de ello, pues si no se hubiese querido comer las frutas del jardín, yo habría permanecido en el reino de mi padre, y no habría sufrido los disgustos que debo aún contarte.

Te diré, pues, hijo del rey, que mis guardianas habían construido expresamente una torre en la que había muchas bellas habitaciones para todas las estaciones del año, muebles magníficos, libros agradables, pero que no tenía puerta ninguna, y había que entrar siempre por las ventanas que eran prodigiosamente altas. Había en la torre un hermoso jardín provisto de flores, de fuentes y de eras de plantas verdes, que protegían

del calor en la canícula más ardiente. Fue en este sitio donde las hadas me criaron con cuidados aún mayores que los prometidos a la reina. Mis vestidos estaban a la última moda, y eran tan magníficos que si alguien me hubiese visto, habría pensado que era el día de mi boda. Ellas me enseñaban todo lo que convenía a mi edad y a mi cuna; yo no les daba brega pues no había casi nada que no comprendiese con extrema facilidad, mi dulzura les agradaba mucho, y como yo no había visto nunca a nadie más que a ellas, me habría quedado tranquila en esta situación por el resto de mi vida.

Las hadas venían constantemente a verme, montadas en el furioso dragón que ya he mencionado; nunca me hablaban ni del rey ni de la reina; me decían que yo era hija de ellas, y yo creía serlo. Nadie en el mundo estaba conmigo en la torre fuera de un loro y un perrito, que ellas me habían regalado para que me divirtieran pues ambos estaban dotados de razón, y hablaban con perfección.

Uno de los lados de la torre daba sobre un camino profundo, y además muchos árboles y plantas trepadoras lo cubrían, de suerte que yo no había visto a nadie desde que me encerraran. Pero un día que estaba asomada a la ventana, conversando con mi loro y mi perro, escuché un ruido. Miré para todos los lados, y vi a un joven caballero que se había detenido para escuchar nuestra conversación; yo nunca había visto un caballero más que en pinturas. No me disgustó el hecho de que un encuentro inesperado me permitiese hacerlo; así que sin sospechar que pudiese haber un peligro unido a la satisfacción de ver un objeto amable, me adelanté para mirarlo y mientras más lo miraba, más me complacía. Me hizo una profunda reverencia, clavó sus ojos en mí, y me pareció que intentaba encontrar la manera de comunicarse conmigo; porque mi ventana era muy alta, temía que alguien le escuchara, y sabía muy bien que yo me hallaba en el castillo de las hadas.

La noche cayó casi de repente, o, para hablar con mayor precisión, llegó sin que nos diéramos cuenta, el caballero tocó su cuerno dos o tres veces, me regaló algunas fanfarrias, y partió sin que yo pudiera saber siquiera de qué lado se había ido porque no se veía nada. Ya no sentí el mismo placer de siempre al conversar con mi loro y mi perro. Me decían las cosas más bonitas del mundo, porque los animales de las hadas se van llenando de ingenio, pero yo estaba ausente, y no dominaba el arte del disimulo. Perroquet lo notó; pero era muy fino, y no demostró nada de lo que pasaba por su mente.

Me levanté con el alba. Corrí a mi ventana; tuve la agradable sorpresa de percibir al joven caballero al pie de la torre. Vestía con magnificencia; yo pensé que esto se debía un poco a mí, y no estaba equivocada. El caballero me habló con

una especie de trompeta que acercaba su voz, y por este recurso pudo decirme que habiendo sido hasta ahora insensible a las mujeres más bellas que había visto, mi hermosura le impresionó tanto que no sabía cómo podría vivir sin verme todos los días de su vida. Me puse muy contenta con este cumplido, y me inquieté porque no me atreví a contestarle; hubiera tenido que gritar con todas mis fuerzas, y ponerme en riesgo de que me oyeran las hadas antes que él. Le tiré algunas flores que tenía y él las recibió como un insigne favor, de modo que las besó varias veces y me dio las gracias. Enseguida me preguntó si me parecía bien que viniera todos los días a la misma hora al pie de mis ventanas y que si así era le arrojase alguna cosa. Tenía yo un anillo de turquesa que me quité bruscamente del dedo y se lo tiré precipitadamente, haciéndole señas de que se alejara rápidamente; es que escuché que el hada Violenta se aproximaba montada en su dragón para traerme el desayuno.

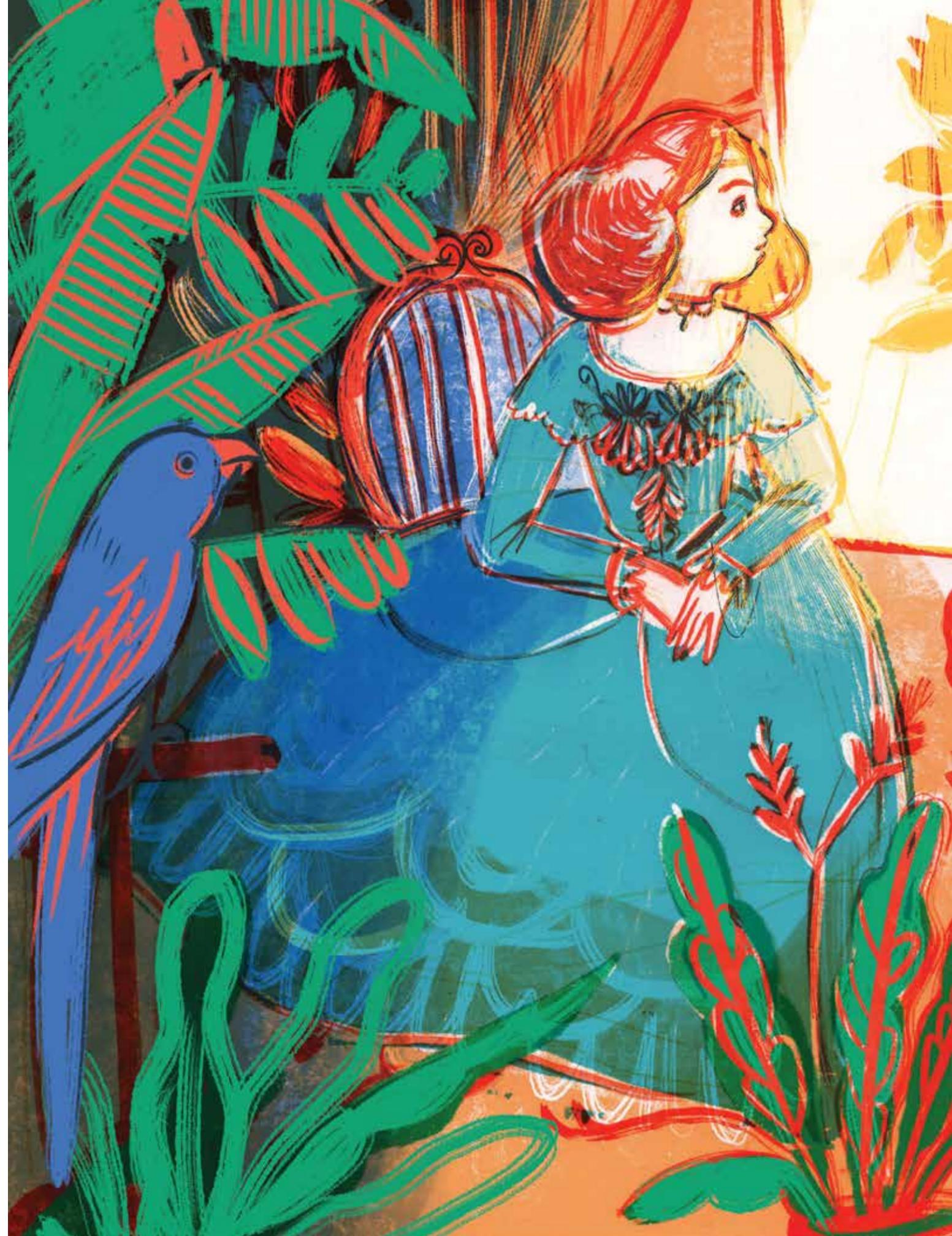
Lo primero que dijo al entrar en mi cuarto fueron estas palabras:

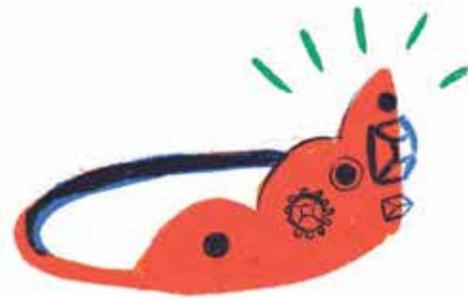
“Siento la voz de un hombre aquí, ¡busca, dragón!”.

¡Ay! ¿Qué fue aquello que sentí? Estaba transida de miedo de que el dragón pasara por la otra ventana, y de que persiguiese al caballero, que ya no me era indiferente.

“En verdad” dije, “madrecita querida (porque a la vieja hada le gustaba que la nombrase así), bromea usted al decir que siente la voz de un hombre: ¿será que la voz tiene olor? Y si así fuese, ¿qué mortal sería tan temerario como para arriesgarse a subir a esta torre?”.

“Dices la verdad, hija mía” respondió ella. “Me alegro de verte razonar tan bien, y concedo que es el odio que les tengo a todos los hombres el que a veces me convence de que están cerca de mí”.





El hada me dio mi desayuno y mi huso. “Cuando termines de comer, ponte a hilar, porque ayer no hiciste nada” me dijo, “y mis hermanas se van a enojar”.

En efecto, me había ocupado tanto del desconocido que no había podido hilar.

En cuanto el hada se fue, dejé caer el huso con un airecillo rebelde, y subí a la terraza para mirar el campo a lo lejos. Tenía unos binóculos excelentes; nada me tapaba la vista, miré para todos lados hasta que descubrí a mi caballero sobre lo alto de una montaña. Se reposaba bajo un lujoso pabellón de tela dorada, y lo rodeaba una gran corte. No dudé que debía tratarse del hijo de algún rey vecino de las hadas. Como temía que si él regresaba a la torre el terrible dragón lo descubriría, fui a buscar a mi loro y le dije que volara hasta esa montaña, que allí encontraría al que me había hablado, y que le rogara de parte mía que no volviera, porque yo temía la vigilancia de mis guardianas, y que le jugaran una mala pasada.

Perroquet cumplió su encargo como loro inteligente que era. Todos se asombraron cuando lo vieron venir volando a montarse en el hombro del príncipe y hablarle muy bajo al oído. El príncipe se alegró y se entristeció con esta embajada. El cuidado que yo me tomaba le daba ánimo a su corazón, pero las dificultades que se presentaban para hablarme lo agobiaban, aunque no podían desviarlo del designio que había formado de complacerme. Le hizo mil preguntas a Perroquet, y Perroquet por su parte le hizo cien, pues era curioso por naturaleza. El rey le encargó que me trajera un anillo, para remplazar mi turquesa; también era una turquesa, pero mucho más bella que la mía: estaba tallada en forma de corazón y rodeada de diamantes.

“Conviene” añadió, “que te trate como embajador: te entrego mi retrato, no lo muestres más que a tu encantadora dueña”.

Sujetó su retrato debajo del ala del loro y le puso el anillo en el pico.

Yo esperaba el retorno de mi pequeño mensajero verde con una impaciencia que nunca antes había sentido. El loro me dijo que aquel a quien yo le había enviado era un gran rey, que lo había recibido de la mejor manera del mundo, y que podía estar segura de que ya no deseaba vivir sino para mí; que aunque corriese mucho peligro si venía al pie de mi torre, estaba resuelto a todo antes que renunciar a verme. Estas noticias me impresionaron mucho, me puse a llorar. Perroquet y Toutou me consolaron lo más que pudieron pues me amaban con ternura. Entonces Perroquet me presentó el anillo del príncipe y me mostró el retrato. Confieso que nunca me he sentido tan contenta como cuando pude mirar de cerca a aquel a quien no había visto más que de lejos. Me pareció aún más hermoso de lo que creía; me vinieron a la mente cien pensamientos, los unos placenteros y los otros tristes, y por ello adquirí un aire de extraordinaria inquietud. Las hadas que venían a verme se dieron cuenta de ello. Se dijeron las unas a las otras que yo me aburría, y que había que pensar en buscarme un esposo de la raza de las hadas. Hablaron de algunos, y se detuvieron en el pequeño rey Bonito, cuyo reino estaba situado a quinientas mil leguas de su palacio; pero ello no era obstáculo. Perroquet escuchó esta reunión de las hadas y vino a enterarme de ella, diciendo:

“¡Ah! ¡Cómo lo sentiré por ti, querida dueña, si te conviertes en la reina Bonita! Él es un macaco feísimo; me duele decírtelo pero la verdad es que el rey que te ama no quisiera tenerlo ni siquiera de sirviente”.

“¿Tú lo has visto, Perroquet?”

“Ya lo creo” continuó diciendo el loro.

“A mí me criaron sobre la misma rama que a él”.

“¿Cómo! ¿Sobre una rama?” le pregunté.

“Sí” dijo él, “es que tiene patas de águila”.

Semejante relato me afligió muchísimo; miraba el encantador retrato del joven rey,

comprendía que se lo había regalado a Perroquet solo para que yo pudiese conocerlo, y cuando lo comparé con Bonito, ya no esperé nada más de la vida, y resolví morir antes que casarme con él.

No pude dormir en toda la noche.

Perroquet y Toutou conversaron conmigo; me adormecí al amanecer; y como mi perro tenía muy buen olfato, sintió que el rey estaba al pie de la torre. Despertó a Perroquet y le dijo:

“Apuesto a que el rey está ahí abajo”.

“Cállate, charlatán” le contestó

Perroquet. “Como casi siempre tienes los ojos abiertos y el oído alerta, te molesta el reposo de los demás”.

“Pero apostemos” insistió el buen Toutou. “Yo sé que está ahí abajo”.

Perroquet replicó:

“Y yo sé perfectamente que no lo está; ¿no le prohibí venir de parte de nuestra dueña?”

“¡Ah! ¡Pero cómo me fatigas con tus argumentos!” exclamó mi perro. “Un hombre apasionado no consulta más que su corazón”.

Y se puso a tirar tan fuerte de sus alas que Perroquet se enojó. Me despertaron los gritos del uno y el otro; me dijeron cuál era el motivo de su disputa, corrí, o mejor volé a mi ventana; vi al rey que me tendía los brazos y me decía con su trompeta que ya no podía vivir sin mí. Me apremió para que encontrara el modo de salir de mi torre, o de que él pudiese entrar; que juraba delante de todos los dioses y de todos los elementos, que se casaría conmigo inmediatamente, y que yo sería una de las más grandes reinas del universo.

Le ordené a Perroquet que fuera a decirle que lo que quería me parecía casi imposible; que sin embargo, puesto que él me daba su palabra y por los juramentos que había hecho, iba a intentar lograr lo que deseaba; que le rogaba que no viniera todos los días, que al fin podrían darse cuenta, y que con las hadas no habría nada que hacer.



Él se retiró dichoso con la esperanza que le di; y yo me confundí terriblemente cuando reflexioné sobre lo que acababa de prometer. ¿Cómo salir de esta torre que no tenía puertas? ¿Y sin tener más ayuda que la de Perroquet y Toutou? ¡Ser tan joven, tan falta de experiencia, tan temerosa! Tomé entonces la resolución de no intentar algo que no podría lograr jamás, y se lo mandé decir al rey por medio de Perroquet. El rey quiso matarse ante los ojos del loro; pero al fin le encargó que me persuadiera, que fuera a verlo morir o que le diera algún consuelo.

“Señor” exclamó el embajador emplumado, “mi dueña está suficientemente persuadida, solo le falta el poder para venir”.

Cuando el loro me contó todo lo que había pasado, me afligí aún más. El hada Violenta vino, me encontró con los ojos hinchados y enrojecidos; dijo que yo había estado llorando, y que si no le confesaba porqué, me quemaría; porque todas sus amenazas eran terribles. Le respondí temblando, que estaba cansada de hilar, y que quería hacer unas pequeñas redes para atrapar los pajarillos que venían a picotear las frutas de mi jardín.

“Lo que desees, hija mía” dijo ella, “no va a costarte más lágrimas, yo te traeré todas las cuerdas que quieras”.

En efecto, esa misma tarde las tuve; pero ella me advirtió que pensara menos en trabajar que en ponerme bella porque el rey Bonito iba a venir muy pronto. Temblé ante esta noticia tan desagradable, y no contesté nada.

Apenas ella se fue, empecé dos o tres trozos de red; pero a lo que me aplicaba era a hacer una escalera de cuerda, que estaba quedando muy bien aunque nunca antes hubiese hecho una. Es verdad que el hada no me traía toda la cuerda que necesitaba, y me decía sin cesar:

“Pero hija mía, tu costura se parece a la de Penélope, porque no avanza y tú constantemente me pides con que trabajar”.

“¡Ay! Madrecita mía” decía yo. “Habla usted muy fácilmente. ¿No ve que no lo hago bien, y que quemo todo lo que hago? ¿Teme que la arruine pidiéndole cuerda?”

Mi aire de simplicidad le encantó, aunque estaba de un humor muy desagradable y muy cruel.

Mandé decir al rey por medio de Perroquet, que viniera al anochecer hasta el pie de las ventanas de la torre, que allí encontraría una escalera, y que el resto lo sabría cuando llegara. En efecto la sujeté muy bien, resuelta a escaparme con él; pero en cuanto la vio, el rey, sin esperar a que yo bajara, subió con presteza y cayó dentro de mi habitación cuando yo me preparaba para huir.

Al verlo sentí tanta dicha que olvidé el peligro en que nos encontrábamos. Él renovó todos sus votos, y me apremió para que lo tomara como esposo. Toutou y Perroquet fueron los testigos de nuestro matrimonio; jamás se han celebrado unas bodas entre dos personas más elevadas, con menos ruido y menor pompa, y jamás dos corazones sintieron más gozo que los nuestros.

El alba aún no llegaba cuando el rey me dejó; le conté el espantoso designio de las hadas de casarme con el pequeño Bonito; le describí su figura, de la cual se horrorizó tanto como yo. En cuanto partió las horas me parecieron tan largas como los años: corrí a la ventana, lo seguí con los ojos a pesar de la oscuridad. ¡Entonces me quedé sorprendida al ver por los aires un carro de fuego arrastrado por salamandras aladas que se acercaban tan veloces que los ojos apenas podían seguirlas! El carro iba acompañado de muchos guardias montados sobre avestruces. No tuve suficiente tiempo para apreciar bien al macaco que atravesaba así el aire; pero

todo me hizo creer que se trataba de un hado o de un hechicero.

Poco después el hada Violenta entró en mi habitación:

“Te traigo buenas noticias” me dijo. “Tu novio llegó hace un rato, prepárate para recibirlo: aquí tienes vestidos y joyas”.

“¡Eh! ¿Quién le ha dicho a usted que quiero casarme?” le dije. “No tengo ninguna intención de hacerlo, despedid al rey Bonito, no voy a ponerme ni un alfiler más; ya sea que le parezca hermosa o fea, yo no soy para él”.

“¡Sí, claro! ¡Sí claro!” continuó el hada. “Vean a la pequeña rebelde, ¡Qué cabecita loca! No escucho sandeces, y te voy a...”

“¿Qué me hará usted?” le repliqué ruborizándome por los insultos que me lanzaba. “¿Puede uno estar en peores condiciones que yo, en una torre con un perro y un loro viendo varias veces al día la figura horrible de un dragón inmundoso?”

“¡Ah! Pequeña ingrata” dijo el hada. “¿Merecías que te prodigáramos tantos cuidados? Demasiado les dije a mis hermanas que obtendríamos por ello muy pobre recompensa”.

Fue a buscarlas, les contó nuestro altercado; estas hadas se quedaron tan sorprendidas como la primera.

Perroquet y Toutou me hicieron grandes advertencias, que si yo seguía tan obstinada, sospechaban que me ocurrirían terribles desventuras. Yo estaba tan orgullosa de poseer el corazón de un gran rey, que despreciaba a las hadas y a mis pobrecitos camaradas. No me puse los vestidos, y me peiné lo peor que pude para que Bonito me encontrara desagradable. Nuestra entrevista tuvo lugar en la terraza. Él llegó en su carro de fuego. Nunca se ha visto entre los macacos a uno tan pequeño. Caminaba sobre sus patas de águila y al mismo tiempo sobre las rodillas, porque no tenía huesos en las piernas, de modo que se apoyaba en

dos bastones de diamantes. Su manto real no medía más de dos pies, y arrastraba más de un tercio. Su cabeza era enorme como una joroba, y su nariz tan grande que llevaba encima una docena de pájaros, cuyo canto le complacía muchísimo; su barba era tan poblada que una docena de pericos de las Canarias hacían nidos en ella, y sus orejas sobrepasaban su cabeza por más de un codo, aunque esto no se notaba mucho a causa de una alta y puntiaguda corona que llevaba para parecer más alto. La llama de su carro secó las frutas, marchitó las flores y acalló las fuentes de mi jardín. Vino hacia mí con los brazos abiertos para abrazarme, me quedé muy erguida y fue necesario que su primer escudero lo alzara; pero cuando se me acercó corrí a refugiarme en mi cuarto cerrando la puerta y las ventanas de la habitación, de modo que Bonito se fue a buscar a las hadas muy indignado conmigo.

Ellas le pidieron mil perdones por mi brusquedad, y para apaciguarlo, pues estaba furioso, resolvieron meterlo en mi dormitorio cuando yo estuviese dormida, y atarme de pies y manos para meterme con él en su carro y que me llevara consigo. Cuando el asunto quedó acordado, me regañaron suavemente y me dijeron que debía corregirme. Perroquet y Toutou se sorprendieron de tanta dulzura.

“Debo decirte, dueña mía, que el corazón me hace presagiar algo malo: las señoras hadas son personas extrañas, especialmente Violenta” dijo mi perro.

Yo me burlé de estas alarmas, y esperé a mi querido esposo con mucha impaciencia; él tenía tantos deseos de estar a mi lado que de seguro no tardaría; eché la escalera de cuerdas, bien resuelta a irme con él; cuando llegó trepó por la escalera con presteza y me dijo cosas tan tiernas que no me atrevo aún a recordarlas.

Mientras hablábamos juntos con la misma tranquilidad que si estuviésemos



en su palacio, vimos repentinamente cómo se abrían las ventanas de mi habitación. Entraron las hadas montadas en su terrible dragón, Bonito venía detrás en su carro de fuego y todos sus guardias en sus avestruces. El rey no se asustó: empuñó su espada, y solo pensó en evitarme la más horrible aventura que se haya vivido jamás, pues debo decirlos que estas bárbaras criaturas empujaron al dragón para que se abalanzara sobre el rey, y ahí delante de mis ojos el dragón se lo devoró.

Desesperada por su desdicha y por la mía, me arrojé en las fauces de ese horrible monstruo, queriendo que me tragara como acababa de hacerlo con lo que yo más amaba en el mundo. El dragón también lo quería, pero las hadas, más crueles que él, no lo permitieron.

“Es preciso” dijeron, “reservarla para penas más largas, pues una muerte rápida es muy suave para esta indigna criatura”.

Me tocaron, y enseguida me vi convertida en una gata blanca. Las hadas me condujeron a este soberbio palacio que pertenecía a mi padre; metamorfosearon a todos los caballeros y a todas las damas del reino convirtiéndolos en gatos y gatas; dejaron a algunos, de quienes únicamente se veían las manos, y me redujeron al deplorable estado en el que me encontraste. Me contaron la historia de mi nacimiento, la muerte de mi padre y la de mi madre, y me dijeron que no me liberaría de mi figura gatuna sino cuando llegara un príncipe que sería en todo parecido al esposo que me habían robado. Eres tú, señor mío, quien se parece a él, tienes los mismos rasgos, el mismo aire, hasta el mismo tono de voz; esto me impactó desde el primer momento en que te vi. Ya estaba informada de todo lo que debía pasar, y también sé todo lo que va a pasar: mis penas están a punto de terminar”.

“Y las mías, hermosa reina” dijo el príncipe cayendo a sus pies, “¿serán de larga duración?”.

“Te amo desde ya más que a mi vida” dijo la reina. “Debemos partir para ir donde tu padre, veremos qué siente por mí, y si consiente a lo que tú deseas”.

Salieron, el príncipe le dio la mano, ella se montó en una carroza con él. Era mucho más lujosa que las que el príncipe había tenido con anterioridad. El resto del aparejo le correspondía tan bien que todas las herraduras de los caballos eran de esmeralda, y los clavos de diamante. Esto quizás no se haya visto más que en esa oportunidad. No diré nada de la agradable conversación que sostuvieron la reina y el príncipe, pues si bien ella poseía una belleza única, no lo era menos su inteligencia, y el joven príncipe era igualmente perfecto, así que pensaban en cosas placenteras.

36 Cuando estuvieron cerca del castillo, donde ya debían encontrarse los dos hermanos mayores del príncipe, la reina se metió dentro de una caja de cristal cuyos lados estaban incrustados con oro y rubí. Tenía cortinas a todo el rededor para que nadie pudiese verla, y esta caja la portaban jóvenes bien parecidos y soberbiamente vestidos. El príncipe permaneció en la carroza; desde allí vio a sus hermanos que se paseaban con unas princesas muy lindas. Ellos, en cuanto lo reconocieron, se acercaron para recibirlo, y le preguntaron si traía una novia: él les dijo que había tenido tan mala suerte en su viaje que no había conocido más que a unas muy feas, y que lo más extraordinario que traía era una gatita blanca. Ellos se rieron de su simplicidad.

“Una gata” le dijeron. “¿Tienes miedo de que los ratones se coman nuestro magnífico palacio?”

El príncipe replicó que en efecto no convenía presentarle a su padre ese regalo;

entonces todos tomaron el camino de la ciudad.

Los príncipes mayores montaron en sus calesas adornadas con oro y azur, sus caballos llevaban en la cabeza plumas y prendedores; nada más brillante que esta cabalgata. Nuestro joven príncipe iba detrás de ellos, y le seguía la caja de cristal que todo el mundo miraba con admiración.

Los cortesanos se apresuraron a ir a contarle al rey que llegaban los tres príncipes.

“¿Traen consigo bellas damas?”

“Es imposible saber cuál es más bella”.

El rey pareció inquietarse al escuchar esta respuesta. Los dos príncipes se apresuraron a subir con sus maravillosas princesas. El rey los recibió muy bien, y no sabía a quién darle el premio; miró a su hijo menor y le preguntó:

“Entonces, ¿esta vez vienes solo?”

“Su Majestad verá en esta caja a una gatita blanca” replicó el príncipe, “que maúlla con tanta dulzura, y que acaricia tan bien con su pata de terciopelo, que de seguro le agrada a usted”.

El rey sonrió y él mismo fue a abrir la caja, pero en cuanto se aproximó, la reina oprimió un resorte: todas las piezas se soltaron y ella apareció como el sol cuando ha pasado un rato escondido detrás de una nube. Sus cabellos rubios estaban esparcidos sobre sus hombros y caían en gruesos bucles hasta sus pies; su cabeza estaba cubierta de flores, su vestido era de una ligera gasa blanca, doblada de seda color de rosa. Se puso de pie y le hizo una profunda reverencia al rey, quien no pudo evitar, tanta era su admiración, exclamar:

“He aquí a la incomparable; es ella quien merece mi corona”.

“Señor” le respondió ella, “no he venido para arrebatarme un trono que usted gobierna con tanta dignidad. Nací con seis





reinos: permitidme que os ofrezca uno, y que haga lo mismo con cada uno de sus hijos. No le pido como recompensa más que su amistad, y a este hermoso príncipe como esposo. A nosotros nos bastará con los otros tres reinos”.

El rey y toda la corte lanzaron gritos de júbilo y admiración. El matrimonio se celebró inmediatamente, así como los de los dos príncipes, de suerte que toda la corte pasó varios meses en divertimentos y placeres. Cada cual partió entonces para ir a gobernar sus Estados.

Y así fue como la bella Gata Blanca se immortalizó, tanto por su bondad y generosidad, como por sus grandes méritos y su hermosura.

Títulos de la serie LEER ES MI CUENTO

Leer es mi cuento 1

De viva voz Relatos y poemas para leer juntos

Selección de relatos y poemas de antaño de los Hermanos Grimm, Charles Perrault, Félix María de Samaniego, Rafael Pombo, José Manuel Marroquín, Federico García Lorca, Rubén Darío, Víctor Eduardo Caro.

Leer es mi cuento 2

Con Pombo y platillos

Cuentos pintados de Rafael Pombo.

Leer es mi cuento 3

Puro cuento

Selección de cuentos tradicionales de Hans Christian Andersen, Alexander Pushkin, Joseph Jacobs, Oscar Wilde, los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 4

Barbas, pelos y cenizas

Selección de cuentos de Charles Perrault y los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 5

Canta palabras

Selección de canciones, rondas, poemas, retahílas y repeticiones de antaño.

Leer es mi cuento 6

Bosque adentro

Cuentos de los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 7

De animales y de niños

Cuentos de María Eastman, Rafael Jaramillo Arango, Gabriela Mercedes Arciniegas Vieira, Santiago Pérez Triana, Rocío Vélez de Piedrahíta.

Leer es mi cuento 8

En la Diestra de Dios Padre

Cuento de Tomás Carrasquilla.

Leer es mi cuento 9

Ábrete grano pequeño

Adivinanzas de Horacio Benavides.

Leer es mi cuento 10

El Rey de los topos y su hija

Cuento de Alejandro Dumas.

Leer es mi cuento 11

Los pigmeos

Cuento de Nathaniel Hawthorne.

Leer es mi cuento 12

El pequeño escribiente florentino

Cuentos de Edmundo de Amicis.

Leer es mi cuento 13

Don Quijote de la Mancha

Capítulos I y VIII. Miguel de Cervantes.

Leer es mi cuento 14

Romeo y Julieta

William Shakespeare
(versión de Charles y Mary Lamb).

Leer es mi cuento 15

El patito feo

Cuento de Hans Christian Andersen.

Leer es mi cuento 16

Meñique

Cuento de José Martí

Leer es mi cuento 17

Cuentos de Las mil y una noches

Selección de cuentos
de Las mil y una noches.

Leer es mi cuento 18

Cuentos de la selva

Cuentos de Horacio Quiroga.

Leer es mi cuento 19

Poesía en español

Selección de algunos de los mejores
poemas de la lengua española.

Leer es mi cuento 20

El diablo de la botella

Novela breve de Robert Louis
Stevenson.

Leer es mi cuento 21

Fábulas

F. M. Samaniego.

Leer es mi cuento 22

La bella y la bestia

Jeanne Marie Leprince de Beaumont

Leer es mi cuento 23

Por qué el elefante tiene la trompa así

Rudyard Kipling.

Leer es mi cuento 24

Canciones, rondas, nanas, retahílas y adivinanzas

Leer es mi cuento 25

Aventuras de Ulises

Homero. Versión de Charles Lamb.

Leer es mi cuento 26

Don Juan Bolondrón

Folclor español.
Fernán Caballero.

Leer es mi cuento 27

Memorias de un abanderado

José María Espinosa.

Leer es mi cuento 28

Espadas son triunfos

Manuel Uribe Ángel.

Leer es mi cuento 29

Cantos populares de mi tierra

Candelario Obeso.

Leer es mi cuento 30

Rapunzel y Pulgarcito

Grimm / Perrault.

Leer es mi cuento 31

Las travesuras de Naricita

Monteiro Lobato.

Leer es mi cuento 32

La gata blanca

Madame d'Aulnoy.

**Usted puede leer los libros
digitales de esta serie en:
www.maguare.gov.co**